

# EL ESTADO POLICIAL ESTADOUNIDENSE

**MARC PARRY**  
COLUMBIA UNIVERSITY

**THE AMERICAN POLICE STATE**

Publicado originalmente en: Chronicle of Higher Education, Nov. 18, 2013.  
Traducción al español por Nahuel Roldán (CONICET/LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP)

PALABRAS CLAVES: policiamiento | etnografía | metodología  
KEYWORDS: policing | ethnography | methodology

En una tarde de invierno de 2004, una mujer espera en la unidad de detectives de una estación de policía de Filadelfia. Dos oficiales, equipados con botas de combate y armas grandes, entran en la sala. Los policías ponen sus armas en la mesa, apuntando hacia ella.

La mujer tiene 22 años, es pequeña y está aterrorizada.

Los oficiales le muestran una serie de fotos de hombres de su vecindario. Dos de los hombres son sus compañeros de cuarto, Mike y Chuck, traficantes de drogas de bajo nivel que guardan crack y armas en el apartamento compartido. Algunas de las fotos fueron tomadas frente a su casa.

Al decir obscenidades sobre el supuesto apetito sexual casual de la mujer, los policías presionan para obtener información sobre sus compañeros de cuarto y amenazan con presentar cargos criminales si ella no coopera.

"Si no puedes cooperar con nosotros", dice un policía, "entonces, ¿a quién llamarás cuando te apunten con un arma en la cabeza? (...) Te matará por un par de gramos. Lo sabes, ¿verdad?".

Estas escenas no son nada inusuales en el barrio negro de bajos ingresos donde esta mujer pasa la mayor parte de su tiempo. Las novias y los parientes se enfrentan rutinariamente a la presión de la policía para que informen sobre los hombres que hay en sus vidas.

Sin embargo, sin que la policía lo sepa, hay una diferencia esta vez. La mujer interrogada, Alice Goffman, los ha estado observando.

Casi una década después, Goffman está emergiendo como una estrella ascendente de la sociología. El interrogatorio de 2004 muestra

por qué. Después de pasar sus 20 años inmersa en el trabajo de campo con hombres jóvenes buscados—un proyecto que comenzó como estudiante en la Universidad de Pensilvania—Goffman ha traído de vuelta la historia de un “cambio profundo” en la forma en que Estados Unidos gobierna los guetos urbanos.

En un libro que se publicará esta primavera, Goffman, ahora profesora asistente de 31 años en la Universidad de Wisconsin en Madison, documenta cómo la expansión del sistema penal de Estados Unidos está transformando la vida de las pobres familias negras que existen bajo la vigilancia de la policía, los guardias de prisiones y los oficiales de libertad condicional.

A partir de mediados de la década de 1970, Estados Unidos endureció sus leyes sobre drogas y delitos violentos y aumentó la presencia policial en las calles de la ciudad. El número de personas en las cárceles y prisiones estadounidenses se ha quintuplicado en los últimos 40 años. En la actualidad hay aproximadamente siete millones de personas bajo la supervisión de la justicia penal. “En la historia moderna”, escribe Goffman, “sólo los campos de trabajos forzados de la antigua U.R.S.S. bajo Stalin se acercaban a estos niveles de confinamiento penal”.

El libro de Goffman, *On the Run: Fugitive Life in an American City* (University of Chicago Press), es un relato de cerca de ese auge de las cárceles contado en gran parte a través de la historia de un grupo de jóvenes amigos en el barrio de la “calle Sexta” de Filadelfia (la ubicación y los nombres en el libro son seudónimos). El estudio describe cómo el miedo al confinamiento ha transformado el trabajo, la salud y la vida familiar, provocando que los hombres se separen de las instituciones principales que podrían ponerlos en un mejor camino.

La amenaza de encarcelamiento ha creado “un nuevo tejido social”, escribe Goffman, “un tejido de sospecha, desconfianza y prácticas paranoicas de secreto, evasión e imprevisibilidad”. Ha convertido los guetos en “comunidades de sospechosos y fugitivos”.

Cuando la policía amenazó a Goffman con cargos criminales, su seriedad en su propósito se estaba volviendo peligrosa.

Durante seis años de trabajo de campo, Goffman perdió gran parte de su antigua vida para ver el mundo a través de los ojos de sus sujetos. Con ellos, eludió a la policía, se divirtió y discutió sobre los tiroteos. Vio a un auxiliar de enfermería sacarle una bala a un niño en una cirugía fuera de los manuales y en la mesa de la cocina; acompañó a varias personas que organizaron el contrabando de drogas a la cárcel; y asistió a nueve funerales de jóvenes que murieron en el vecindario. Este drama llegó a su punto álgido el año en que los agentes de policía de Filadelfia la trajeron para el interrogatorio.

Pero después de enfrentarse a la violencia y la intimidación para conseguir esta historia, Goffman se enfrenta ahora a un reto diferente. ¿Cómo puede mantener el foco en la pobreza de los negros y no en su propia biografía?

Para su frustración, cuando habla públicamente de su investigación, mucha gente quiere escuchar los detalles de su propia historia inusual. En lugar de sobre el encarcelamiento masivo, hacen preguntas sobre lo que ella califica de “la historia de una joven rubia que vive en el ‘barrio’”. Preguntas como: *¿Alguna vez se te insinuaron los tipos de los que estabas escribiendo?*

“Se trata de una comunidad preocupada por la posibilidad de que en cualquier momento se lleven a sus miembros”, dice Goffman. “Así

que, para mí, esa es la historia. Es parte de la política racial de este país, ¿verdad? Es mucho más interesante para la gente escuchar sobre la experiencia de una mujer blanca. Soy completamente irrelevante para la historia que estoy tratando de contar”.

La oferta de Goffman de seguir siendo irrelevante se ve obstaculizada por otro dato personal. Su padre, el difunto Erving Goffman, fue uno de los sociólogos que definieron el siglo XX.

En 1959, su primer libro, *The Presentation of Self in Everyday Life*, cambió la comprensión de los estudiosos del ser al retratar a las personas como actores. Más que identidades básicas, argumentó, adoptamos diferentes estrategias de desempeño en diferentes entornos, para hacer que otros nos vean de manera que se adapten a nuestros fines sociales. Goffman publicó otro clásico dos años más tarde, *Asylums*, basado en el trabajo de campo que hizo mientras trabajaba en un hospital psiquiátrico. Su relato escéptico de las prácticas psiquiátricas contribuyó a la desinstitucionalización de los pacientes mentales.

Alice Goffman nunca conoció a su padre, que murió en 1982, cuando ella era una bebé. Pero su famoso nombre la ha convertido en objeto de charla y de mayores expectativas. Esa charla se inspira en los primeros elogios que ha recibido de los mejores sociólogos, entre ellos Mitchell Duneier, de Princeton (que la llama “una joven erudita muy especial”), y Elijah Anderson, de Yale (que llama a su trabajo “fascinante”).

“La gente está esperando el libro”, dice Gary Alan Fine, un veterano etnógrafo de la Universidad Northwestern que estudió con Erving Goffman en Penn en los años 70. “¿Será el libro tan bueno como esperamos que sea? Ya veremos”.

El trabajo de campo de Alice Goffman difiere de la investigación de su padre. Aún así, los estudiosos han estado escribiendo etnografías urbanas desde que W.E.B. Du Bois publicó *The Philadelphia Negro*, en 1899. ¿Por qué la gente debería prestarle atención a este?

Porque sólo en los últimos 10 ó 15 años el país ha visto el surgimiento de tasas extraordinarias de encarcelamiento entre los hombres negros jóvenes y poco educados, responde Bruce Western, un profesor de sociología en Harvard que es vicepresidente de un panel del Consejo Nacional de Investigación que investiga las causas y consecuencias de las altas tasas de encarcelamiento. Alrededor del 35% de los varones negros que abandonan la escuela secundaria antes de los 40 años están ahora entre rejas, dice, en comparación con una tasa de encarcelamiento del 0,7% para el conjunto de la población. "Lo que esto significa para la vida diaria nunca antes se había mostrado con tanto detalle", dice.

Western califica el trabajo de Goffman como "una contribución decisiva" que plantea cuestiones básicas sobre los sistemas penales concebidos para promover la seguridad pública y mejorar la calidad de vida en las comunidades pobres.

"Lo que su investigación muestra es que estas instituciones pueden ser contraproducentes y pueden acarrear costos sociales muy significativos", dice Western. "Por lo tanto, todo el esfuerzo por mejorar la seguridad pública a través de la supervisión de la justicia penal y el encarcelamiento puede haber sido significativamente contraproducente, y puede haber contribuido de muchas maneras a la continua pobreza y escasez de oportunidades que vemos allí. Esta es una historia bastante nueva".

Un domingo por la noche en agosto, me reuní con Goffman en un restaurante afgano de la ciudad de Nueva York para escuchar esa historia. Como miles de sociólogos, ella está en la ciudad para la gran conferencia anual de la disciplina. A diferencia de muchos de ellos, parece tener poco interés en la publicidad.

Un erudito inteligente que pasa años en una zona de peligro urbana puede aprovecharse de ello para provocar una repercusión mediática—piense en Sudhir Venkatesh de la Universidad de Columbia, el autodenominado “sociólogo deshonesto” que escribió *Gang Leader for a Day*. Goffman, por el contrario, desconfía de la atención de la prensa, preocupada, en parte, de que pueda dar lugar a nuevas acusaciones contra la gente de su libro. Esta es su primera entrevista.

Comienza, inesperadamente, con una lección de escuchar a escondidas.

Después de unos minutos de charla, Goffman menciona que ha escuchado un poco en otras mesas mientras continuaba la conversación conmigo. Su técnica de fisgoneo consiste en entretener entre las conversaciones centrándose en una de ellas durante un par de segundos, y luego pasando a otra, en un círculo. El objetivo de este ejercicio, que Goffman enseña a los estudiantes, es practicar la valoración de lo que escuchas a tu alrededor, no sólo de lo que la gente te dice.

“Toda la acción está aquí, en esta dirección”, dice Goffman, señalando detrás de nosotros en la estrecha y poco iluminada articulación del kebab. “Lo peor son las parejas que llevan mucho tiempo juntas. La conversación declina con la duración de la relación”.

Tomando una taza de agua caliente con azúcar y crema, Goffman explica que no se propuso estudiar a los jóvenes *que huyen*. Se tropezó con el proyecto al hacer más o menos lo que está haciendo ahora: observar la vida social.

Comenzó en su primer año en Penn, cuando consiguió un trabajo en la cafetería del campus. Los estudiantes de Penn, en su mayoría blancos, a menudo se quejaban de las mujeres mayores, en su mayoría negras, que trabajaban allí, llamándolas perezosas y groseras. Así que, para una clase, Goffman concibió un proyecto etnográfico para aprender lo que los trabajadores de la cafetería pensaban de los estudiantes.

El sistema penal, argumenta Goffman, se ha convertido en la forma en que Estados Unidos maneja el problema de la pobreza negra.

Con el tiempo, trabajar junto a ellos llevó a dar clases particulares a los nietos de su jefe, Aisha y Ray. La tutoría los llevó a vivir en el vecindario. Y vivir allí la llevó a salir a diario con Mike y sus amigos, quienes expusieron a Goffman a un mundo del que nunca había leído.

Mike, un traficante de crack a tiempo parcial a quien Goffman describe como barbudo e intenso, parecía inspirar respeto entre los jóvenes del barrio. Cuando ella y él tuvieron una cita, él le mostró una herida de bala reciente en el muslo. La cita fue un desastre. Pero conocer a Mike también resultó ser un golpe de suerte. Terminó tomándola bajo su protección como una hermana.

Mike y sus amigos desconcertaron a Goffman. "Tenían trabajos, pero también parecían tener ingresos de los que no hablaban", escribe en *On the Run*. "Estaban siendo arrestados y volviendo a casa bajo fianza y visitando a sus oficiales de probation. Se metieron en peleas;

sus coches fueron robados o confiscados por la policía. Todo fue confusión y caos”.

Al principio, Goffman asumió que Mike y sus amigos eran un grupo periférico de “manzanas podridas”. Pero llegó a comprender que muchos jóvenes del vecindario ganaban dinero vendiendo drogas al menos parte del tiempo. Y muchos fueron atrapados en una red de enredos legales, a menudo con órdenes de arresto por infracciones menores.

Durante un período de cinco años a mediados de sus 20 años, Mike estuvo tras las rejas durante tres años y medio. Pasó 87 semanas en probation bajo cinco sentencias superpuestas. Pasó 35 semanas con una orden de arresto, tenía 10 órdenes de arresto contra él y compareció ante el tribunal al menos 51 veces.

Hombres como él vivían una paradoja. Se suponía que el sistema penal los reformaría. Pero sus tentáculos se habían vuelto tan invasivos que sucedió lo contrario. Goffman argumenta que el sistema anima a los jóvenes a actuar como *sombras*—“Tengo que moverme como una sombra”, le dijo uno de los amigos de Mike—porque una rutina pública estable podría hacer que volvieran a la cárcel.

Acepta el trabajo. Una vez, después de que Mike fue liberado en libertad condicional a una casa de rehabilitación, encontró empleo en un Taco Bell. Pero pronto se hartó de su casa llena de gente y decidió dormir en casa de su novia. Eso resultó en una violación de la libertad condicional. Cuando Mike regresó al Taco Bell para recoger su cheque de pago, dos oficiales de libertad condicional lo arrestaron. Tuvo que pasar otro año en el norte del estado.

Los sujetos de investigación de Goffman evitaron los hospitales por razones similares. Una noche Mike y sus amigos Alex y Chuck estaban jugando a los dados. De camino a casa, un hombre robó a Alex, le pegó con la pistola y le golpeó la cara contra una pared de hormigón. Cuando Goffman y Mike llegaron a Alex, estaba empapado de sangre, buscando sus dientes en el suelo. Su nariz y barbilla estaban rotas.

Sin embargo, Alex se resistió vehementemente a ser llevado al hospital. La policía abarrotó la sala de emergencias, buscando los nombres de los jóvenes negros en su base de datos, explica Goffman. Alex estaba en libertad condicional, a punto de cumplir su sentencia de dos años. Temía que la policía lo arrestara o lo abofeteara con una violación de la libertad condicional. Eso lo enviaría de vuelta a prisión.

Las novias también podrían convertirse en caminos hacia el confinamiento. Tres meses después de un romance en ciernes con una mujer llamada Michelle, Mike se perdió una comparecencia ante el tribunal, lo que desencadenó una orden de arresto. La policía derribó su puerta y se lo llevó.

Cuando la policía trajo a Michelle para interrogarla, le dijeron que Mike—que había estado vendiendo drogas en los suburbios durante este período—estaba ahora afirmando que ella era la que había estado vendiendo las drogas. Le mostraron mensajes de texto y llamadas telefónicas indicando que aún estaba involucrado con la madre de sus hijos. También amenazaron con quitarle a su hijo.

El resultado: Michelle se quebró y traicionó a Mike. Ella le dio a la policía una declaración detallando “sus actividades, sus asociados y la ubicación de su negocio de venta de drogas”, escribe Goffman.

“Esto se ve en las películas con delincuentes de alto perfil”, me dice en la cena. “Es sólo que esto está sucediendo para cantidades realmente pequeñas de drogas. La mayoría de los chicos de este vecindario han tenido esta experiencia varias veces, cuando su novia es detenida y amenazada con el arresto y el desalojo y la pérdida de la custodia de sus hijos para que revele toda la información sobre él”.

—“No sé si alguna vez has estado en posición de denunciar a tu esposa”, dice Goffman.

—“No lo he hecho”.

—“Es increíblemente ruinoso”.

Mientras Goffman absorbía estas lecciones en la vida de la calle, también aprendió más sobre su famoso padre gracias a los profesores de Penn. Erving Goffman había sido una figura importante en la facultad de Penn. Sarcástico y escéptico, hablaba poco de sí mismo, no le gustaba ser fotografiado y tenía el hábito no profesional de dictar seminarios vestido con “sudaderas”. La reputación de Goffman era tan grande que los profesores, no sólo los estudiantes, asistían a sus clases.

En la década de 1970, ayudó a reclutar y asesorar a un prometedor etnógrafo llamado Elijah Anderson. Cuando Alice Goffman apareció en Penn, décadas más tarde, Anderson se había convertido en una figura prominente en el campo, conocida por su estudio de la vida en el gueto, *A Place on the Corner*. Anderson supervisó su tesis de licenciatura sobre los chicos de la calle Sexta. También le contó historias sobre Erving Goffman, describiendo, por ejemplo, la habilidad del hombre para hacerse invisible en los espacios—casi mezclándose con las paredes—mientras observaba a la gente.

“Fue muy emocionante poder estar en condiciones de enseñarle, de animarla, de ser quizás esa clase de mentor que su padre era para mí”, dice Anderson, ahora en Yale.

Alice Goffman parece reacia a hablar mucho de su padre. Ella cambia rápidamente de tema cuando lo menciono en la cena. Pero ella escribe, en un apéndice de *On the Run*, que su *sombra* puede haberla empujado a ir “más allá de lo que era seguro o esperado” en su propia investigación.

Para el invierno de 2004, cuando la policía de Filadelfia la amenazó con cargos criminales, la seriedad del propósito de Goffman se estaba volviendo peligroso.

Ese año, uno de los amigos de Mike en la “calle Sexta” reavivó un conflicto con los chicos de la “calle Cuarta”. Mike llegó a casa con siete agujeros de bala en su coche. Empezó a usar un chaleco antibalas. Cuando Goffman y los chicos de la calle Sexta se separaron, ella escribe, se comunicaban cada media hora por texto.

—“¿Estás bien?”

—“Sí”.

—“De acuerdo”.

Goffman fue interrogada de nuevo, esta vez por agentes que ella cree que eran federales. Los agentes—cuyos autos sin matrícula aparentemente habían estado rodeando su apartamento—tenían la reputación de tomar sólo los casos que estaban seguros de ganar. Le dijeron que lo mejor para ella era contarles todo lo que sabía sobre Mike.

La vida académica de Goffman se vino abajo. Faltaba a las reuniones. Ha suspendido las clases. Se postuló a la escuela de

postgrado de la Universidad de California en Los Ángeles y Princeton, pero le pareció que era muy probable que terminara en la cárcel.

"Fue algo así como, ¿voy a entrar a la escuela de postgrado? ¿O simplemente voy a descender a este mundo de casos criminales, tráfico de drogas y tiroteos?", dice.

Esa primavera, después de más de un año de citas en la corte en un caso de intento de asesinato, Mike aceptó un trato y se declaró culpable de posesión de armas. Fue a la prisión estatal.

"En un apartamento silencioso lleno de botas Timberland, cartuchos vacíos y una considerable colección de películas de gángsters", escribe Goffman, "me enteré de que me habían aceptado en la universidad de Princeton".

Hubo un tiempo en que este tipo de observación humana de primera mano dominaba la sociología. Florece por primera vez en la década de 1920 en la Universidad de Chicago, donde Robert Park exhortaba a los estudiantes a "ir a ensuciarse el trasero en una investigación real". Siguieron una serie de estudios cruciales: Frederic M. Thrasher sobre "1.313 pandillas", Norman S. Hayner sobre la vida hotelera, Paul Gozalby Cressey sobre las salas de "baile en taxi", Louis Wirth sobre el gueto judío, Clifford R. Shaw sobre la historia de un niño delincuente, St. Clair Drake y Horace R. Cayton sobre la "metrópolis negra".

A partir de la década de 1960, la investigación etnográfica urbana se volvió marginal a medida que los sociólogos recurrían cada vez más a las encuestas, las estadísticas y las computadoras. Sin embargo, el campo ha experimentado un renacimiento desde los años 90, con muchas contrataciones de profesores y nuevas publicaciones.

Sin embargo, la etnografía, descartada por algunos sociólogos como "periodismo", puede ser arriesgada para los jóvenes sociólogos deseosos de complacer a los guardianes del campo. Y algunos destacados estudiosos dicen que no es suficiente.

En Princeton, donde Duneier supervisó su tesis, Goffman comenzó a entender el contexto más amplio de que debería patear la calle en su investigación: la escalada de la intervención de la justicia criminal en las vidas de familias negras como la de Mike. Esa historia se remonta a los años sesenta y setenta, cuando la delincuencia callejera urbana se disparó y los políticos respondieron con medidas enérgicas contra las drogas y la violencia. Las autoridades federales y estatales aumentaron las penas por la venta y posesión de drogas. También endurecieron las reglas de la determinación de las penas por delitos violentos e inundaron las calles con más policías.

Las políticas de endurecimiento continuaron en la década de 1990, a pesar de que la delincuencia y la violencia "comenzaron a disminuir de forma prolongada", escribe Goffman. Bajo la Ley de Control de Delitos Violentos y Aplicación de la Ley de 1994, se establecieron 50 nuevos delitos federales y se destinaron miles de millones de dólares a los departamentos de policía urbanos.

Durante la presidencia de George W. Bush, Goffman escribe, "el apoyo casi unánime de la policía y los líderes cívicos a las políticas de lucha contra el delito acompañó la proliferación de agencias de policía federales y estatales, unidades especiales y burós. Estas políticas aumentaron las sentencias por delitos violentos, pero también aumentaron las sentencias por prostitución, vagancia, juego y posesión de drogas".

La policía, dice Goffman, había ignorado barrios segregados como la "calle Sexta". Pero los departamentos de policía urbanos se expandieron fuertemente en la segunda mitad del siglo XX. Entre 1960 y 2000, la fuerza de Filadelfia aumentó de 2,76 agentes por cada 1.000 ciudadanos a 4,66 agentes—un aumento del 69%.

A medida que cambiaba el policiamiento, también lo hacía el tráfico de drogas. Hace veinte o treinta años, dice Goffman, el negocio era mucho más estable. Los traficantes de alto nivel controlaban los vecindarios. Una jerarquía corporativa protegía a sus trabajadores de la policía y de la gente que podría robarles.

Pero el negocio de la droga, ante la intensificación de las actividades policiales, se transformó en un mercado más fragmentado, en el que cada traficante protegía su propio producto con su propia arma. Para los jóvenes atrapados en ella, la venta de drogas se volvió más inestable, violenta y arriesgada desde el punto de vista legal.

La represión de la economía de la droga coincidió con una reforma de la asistencia social que redujo la ayuda a las familias pobres. Los que buscaban trabajo en el tráfico de drogas, dice Goffman, fueron arrestados "a gran escala". La población carcelaria se quintuplicó entre principios de los años setenta y 2000.

Hoy en día hay más hombres negros atrapados en el sistema de justicia criminal que antes de la Guerra Civil. Goffman y otros ven la situación como un revés para los avances que los afroamericanos hicieron en el movimiento de derechos civiles. Un libro reciente dice que el encarcelamiento masivo es "El Nuevo Jim Crow".

Sin embargo, fuera de los recintos de izquierda de la sociología académica, muchos lectores pueden llegar a la conclusión de que los

sujetos de Goffman son delincuentes violentos que pertenecen a la cárcel. Y otros académicos enfatizan que el policiamiento selectivo reduce el delito.

Filadelfia está en camino de tener el número más bajo de homicidios desde 1968, dice Jerry Ratcliffe, un profesor de justicia criminal en la Universidad de Temple. "Eso está ligado a que los agentes de policía estén activos en las calles, se concentren en los vecindarios donde se cometen delitos violentos, se concentren en los lugares donde se cometen delitos (...) y en los delincuentes reincidentes", dice. La policía de Filadelfia ha aumentado sus paradas de peatones en los últimos años, agrega, lo que hace que sea más arriesgado que la gente lleve armas. Eso ha ayudado a reducir los homicidios y otros actos de violencia. El profesor, que ha pasado más de una década estudiando la delincuencia y la policía en Filadelfia, admira la investigación de Goffman. Pero se pregunta sobre su aplicabilidad práctica.

"Está bien tener una perspectiva sociológica que diga que esto está mal", dice Ratcliffe, asesor de investigación del comisionado de policía de Filadelfia. "Pero tenemos que ser capaces de ofrecer a los alcaldes, políticos y miembros de la comunidad alternativas viables".

Goffman ve el sistema de justicia penal desde la perspectiva de la pobreza negra. El sistema penal, argumenta, se ha convertido en la forma en que Estados Unidos maneja ese problema. Lo que la gente necesita hacer, sugiere Goffman, es abandonar la división en sus cabezas entre víctimas y delincuentes. "Las personas que están involucradas en conflictos violentos, que están vendiendo drogas, son todas víctimas unas de otras", dice. "Hay partes de las comunidades pobres que llevan vidas violentas y desesperadas entre la cárcel y una muerte prematura. Y necesitamos ver a esas personas como seres

humanos y ver lo que les está sucediendo como algo que podría prevenirse”.

Están apareciendo señales de reforma, influenciadas por dos tendencias: los índices de criminalidad siguen bajando, y los presupuestos estatales se enfrentan a coacciones financieras. En agosto, la administración Obama anunció que ya no invocaría sentencias mínimas obligatorias en ciertos casos federales de drogas. Algunos estados, mientras tanto, están despenalizando la marihuana y experimentando con cambios en la probation y la libertad condicional. Y en 2011, la Corte Suprema de Estados Unidos dictaminó que el sistema penitenciario de California violaba la prohibición de la Constitución de Estados Unidos de castigos crueles e inusuales, principalmente debido al hacinamiento y a la mala atención médica. Ordenó al estado que redujera su población carcelaria en 40.000 personas.

En los últimos dos años, las tasas nacionales de encarcelamiento han disminuido por primera vez en más de tres décadas. “La corriente ha fluído en una sola dirección durante 30 años”, dice Bruce Western, de Harvard. “Y ahora estamos empezando a ver un cambio real en la forma en que la gente habla del sistema de justicia criminal”.

Goffman, por su parte, se ha enfrentado a un duro reajuste de los rituales de la vida académica. En su primer día en Princeton, escribe, que examinó las aulas del departamento de sociología, identificando televisores y computadoras que podría robar en caso de que necesitara algo de dinero rápido. Temía a los hombres blancos, especialmente a los profesores más jóvenes. A pesar de que sabía que no eran policías, su corazón se aceleraba cuando se acercaban.

También se dio cuenta de lo mucho que se había perdido al no salir con otros estudiantes en Penn. Habiendo restringido su dieta

mediática a las cosas que Mike y sus amigos consumían, ella ni siquiera podía seguir las conversaciones sobre los acontecimientos actuales. "Una cosa es sentirse incómoda en una comunidad que no es la suya", escribe en *On the Run*. "Otra es sentir eso entre la gente que te reconoce como una de ellos".

Sus sujetos de investigación lo tienen mucho peor.

Algunos de ellos están muertos. Otros envejecieron fuera de la delincuencia, sólo para experimentar lo que Goffman describe como una derrota en las aspiraciones. Se resignan a arreglárselas con trabajos mal pagados. A no ganar nunca lo suficiente para ser dueño de una casa o mantener a un cónyuge.

Mike fue uno esos, inmediatamente después de regresar de prisión hace un par de años. Ahora en sus 30 años, con otro hijo, trabaja en un almacén y lava autos. Todavía vive en Filadelfia.